

THE SOLEMNITY OF THE ASCENSION OF OUR LORD

The solemnity of the Ascension of our Lord is one of the most beautiful mysteries of our Christian faith. After His resurrection, Jesus appeared to His disciples for forty days, teaching them, strengthening them, and preparing them. Then He ascended into heaven before their eyes. In the Gospel and in the Acts of the Apostles, we see Jesus saying goodbye to His disciples. Normally, goodbye is painful. When we love someone, separation hurts. Yet in the life of faith, every goodbye can also carry a blessing. Jesus tells His disciples not to be afraid because His departure will open the way for the coming of the Holy Spirit. Sometimes in our life too, God closes one door to open another. Sometimes a painful goodbye becomes the beginning of a greater mission, deeper faith, or new grace. So don't hesitate to say goodbye to some people or place because a good is in it, and be careful when we say hello because there is hell in it.

At first sight, it may look like Jesus is leaving His disciples, but the Ascension is not an end, Jesus returns to the Father and opens the gates of heaven for humanity. Ten days later the ascension of Jesus the Holy Spirit descended at Pentecost. The Ascension is not the end of Jesus' presence; rather, it is the beginning of the mission of the Church. Before ascending, Jesus gives a command: "Go into the whole world and proclaim the Gospel." He passes His mission into the hands of ordinary people — fishermen, tax collectors, weak and fearful disciples. Humanly speaking, they were not powerful people. But with the power of the Holy Spirit, they transformed the world.

There is a beautiful story about Ascension. After Jesus ascended into heaven, an angel asked Him, "Who will continue your work on earth?" Jesus answered, "My disciples." The angel said, "What if they fail?" Jesus replied, "I have no other plan.

Jesus depends on His Church, on each one of us, to continue His mission in the world. Today, that same mission continues through the Church. Dear friends, The world population is more than seven and half billion people, and around two and a half billion identify themselves as Christians. Yet there are still many places where the name of Jesus is unknown. There are people who have never heard the Gospel. In some countries, especially parts of Europe and the Middle East where Christianity once flourished, many churches are now empty, closed, or converted into museums, hotels, or restaurants. Places where Saints Peter and Paul preached

— Iraq, Turkey, Lebanon, Syria, and nearby regions — have suffered persecution, war, and decline in Christian life.

At the same time, the Church is growing in many places in Africa, Asia, and parts of Latin America. Missionaries still sacrifice their lives for the Gospel. Priests, religious sisters, catechists, and faithful lay people continue to spread the message of Jesus. The mission has not ended. The Ascension reminds us that the responsibility of evangelization now belongs to us

A small story about very famous American televangelist Billy Graham, one day after hearing his speech, a woman wrote: “God is calling me to preach, but I have twelve children. What shall I do?” The preacher replied: “God has already given you a congregation at home.” No need of going anywhere distant to begin our Christian mission rather start wherever we are planted. Our home, our workplace, our community etc. Let us become living witnesses of Christ. Many people think preaching and evangelization belong only to priests and religious. But through baptism, every Catholic becomes a missionary disciple. Our first mission field is our own home. We preach not only by words, but by example, kindness, forgiveness, and prayer.

Ascension teaches us five important truths:

First, Jesus completed His earthly mission.

Second, He returned to His heavenly glory beyond all human limitations.

Third, He is exalted above all creation, and we worship Him as Lord.

Fourth, He is preparing a place for us in heaven.

And fifth, His Ascension is the victory over Satan and every power of evil.

Dear Friends, as we celebrate the Ascension of the Lord, let us ask ourselves: Am I bringing Jesus to others? Am I witnessing to my faith? Am I allowing the Holy Spirit to guide my life?

May the Ascended Lord bless us, strengthen His Church, and fill us with the fire of the Holy Spirit so that we may courageously proclaim the Good News to the ends of the earth. **Amen.**

LA SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DE NUESTRO SEÑOR

La solemnidad de la Ascensión de nuestro Señor es uno de los misterios más hermosos de nuestra fe cristiana. Después de su resurrección, Jesús se apareció a sus discípulos durante cuarenta días, enseñándoles, fortaleciéndoles y preparándoles. Luego ascendió al cielo ante sus propios ojos. En el Evangelio y en los Hechos de los Apóstoles, vemos a Jesús despidiéndose de sus discípulos. Normalmente, una despedida es dolorosa. Cuando amamos a alguien, la separación duele. Sin embargo, en la vida de fe, toda despedida puede conllevar también una bendición. Jesús dice a sus discípulos que no teman, porque su partida abrirá el camino para la venida del Espíritu Santo. A veces, también en nuestra vida, Dios cierra una puerta para abrir otra. A veces, una despedida dolorosa se convierte en el comienzo de una misión mayor, de una fe más profunda o de una nueva gracia. Así que no dudes en despedirte de algunas personas o lugares, pues en ello hay un bien; y ten cuidado al saludar, pues en ello hay un infierno.

A primera vista, podría parecer que Jesús está abandonando a sus discípulos; sin embargo, la Ascensión no es un final: Jesús regresa al Padre y abre las puertas del cielo para la humanidad. Diez días después de la Ascensión de Jesús, el Espíritu Santo descendió en Pentecostés. La Ascensión no marca el fin de la presencia de Jesús; más bien, es el comienzo de la misión de la Iglesia. Antes de ascender, Jesús da un mandato: “Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio”. Él deposita su misión en manos de personas comunes: pescadores, recaudadores de impuestos, discípulos débiles y temerosos. Humanamente hablando, no eran personas poderosas. Pero, con el poder del Espíritu Santo, transformaron el mundo.

Existe una hermosa historia sobre la Ascensión. Después de que Jesús ascendiera al cielo, un ángel le preguntó: “¿Quién continuará tu obra en la tierra?”. Jesús respondió: “Mis discípulos”. El ángel replicó: “¿Y qué pasará si ellos fallan?”. Jesús respondió: “No tengo otro plan”.

Jesús depende de su Iglesia —de cada uno de nosotros— para continuar su misión en el mundo. Hoy, esa misma misión prosigue a través de la Iglesia. Queridos amigos: la población mundial supera los siete mil quinientos millones de personas, y alrededor de dos mil quinientos millones se identifican como cristianos. Sin embargo, todavía existen muchos lugares donde el nombre de Jesús es desconocido. Hay personas que nunca han escuchado el Evangelio. En algunos países —

especialmente en ciertas zonas de Europa y Oriente Medio, donde el cristianismo floreció en el pasado— muchas iglesias se encuentran hoy vacías, cerradas o convertidas en museos, hoteles o restaurantes. Los lugares donde predicaron los santos Pedro y Pablo —Irak, Turquía, el Líbano, Siria y las regiones vecinas— han sufrido persecución, guerras y un declive en la vida cristiana.

Al mismo tiempo, la Iglesia está creciendo en muchos lugares de África, Asia y algunas partes de América Latina. Los misioneros siguen sacrificando sus vidas por el Evangelio. Sacerdotes, religiosas, catequistas y fieles laicos continúan difundiendo el mensaje de Jesús. La misión no ha terminado. La Ascensión nos recuerda que la responsabilidad de la evangelización nos corresponde ahora a nosotros.

Una breve anécdota sobre el muy famoso teeevangelista estadounidense Billy Graham: un día, tras escuchar uno de sus sermones, una mujer le escribió: “Dios me llama a predicar, pero tengo doce hijos. ¿Qué debo hacer?”. El predicador le respondió: “Dios ya te ha dado una congregación en tu propio hogar”. No es necesario ir a lugares lejanos para iniciar nuestra misión cristiana; más bien, debemos comenzar justo donde estamos arraigados: en nuestro hogar, en nuestro lugar de trabajo, en nuestra comunidad, etc. Convirtámonos en testigos vivos de Cristo. Muchas personas piensan que la predicación y la evangelización son tareas exclusivas de sacerdotes y religiosos; sin embargo, a través del bautismo, todo católico se convierte en un discípulo misionero. Nuestro primer campo de misión es nuestro propio hogar. Predicamos no solo con palabras, sino también con el ejemplo, la bondad, el perdón y la oración.

La Ascensión nos enseña cinco verdades importantes:

En primer lugar, Jesús completó su misión terrenal.

En segundo lugar, regresó a su gloria celestial, trascendiendo toda limitación humana.

En tercer lugar, ha sido exaltado por encima de toda la creación, y lo adoramos como Señor.

En cuarto lugar, está preparando un lugar para nosotros en el cielo.

Y en quinto lugar, su Ascensión representa la victoria sobre Satanás y sobre todo poder del mal.

Queridos amigos, al celebrar la Ascensión del Señor, preguntémonos: ¿Estoy llevando a Jesús a los demás? ¿Estoy dando testimonio de mi fe? ¿Estoy permitiendo que el Espíritu Santo guíe mi vida?

Que el Señor Ascendido nos bendiga, fortalezca a su Iglesia y nos llene con el fuego del Espíritu Santo, para que podamos proclamar con valentía la Buena Nueva hasta los confines de la tierra. **Amén.**